

PASIÓN POR Leer

HECHIZO INDIO

Eduardo Sacheri

“Hechizo indio” de Eduardo Sacheri.

En *Lo raro empezó después. Cuentos de fútbol y otros relatos*.

Buenos Aires, Galerna, 2007.

© Eduardo Sacheri

Foto de tapa: Juan Carlos Caminiti

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010

Colección: Pasión por leer



Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

HECHIZO INDIO

Eduardo Sacheri

La única vez que vi sonreír a Aniceto Manuel Gutiérrez fue al término del partido más difícil de su vida, jugado el 4 de diciembre de 1963 entre su equipo, el Sportivo La Piedad, y el poderoso Estero Velázquez, por la finalísima de la Liga Chaqueña. Aunque los tengo guardados, no necesito acudir a los recortes amarillentos que relatan las crónicas de ese cotejo. Los tres diarios que publicaron el comentario del partido destacaron la manera insólita en que Gutiérrez, back central, “borró” de la cancha a Néstor Iribarren, el crack del equipo rival, sin tocarlo, sin rozarlo, sin aproximársele siquiera, utilizando al parecer la sola energía de su mirada.

Debo aclarar que, junto con mis compañeros de La Piedad, fui uno de los primeros sorprendidos. En el partido de ida, Iribarren nos había vuelto locos. Nos había gambeteado, nos había desbordado, nos había toqueteado la pelota ante las narices. Y el que había llevado la peor parte en el bailongo había sido el pobre Aniceto, que por su función era el último escollo que debía sortear el delantero en cada ataque. No tuvo otra alternativa, nuestro sufrido defensor, que surtirle una patada tras otra para tratar de frenarlo, y aun así daba toda la impresión de ser un esfuerzo inútil. De hecho, Aniceto salió expulsado antes de terminar el primer tiempo, y perdimos dos a cero porque nos hicieron precio, o porque ellos se relajaron, o porque los rezos del padre Alcides fueron escuchados, o por todo eso al mismo tiempo. Pero en la revancha aconteció el extraño milagro: Iribarren no cruzó la mitad de la cancha, no tocó una sola pelota en ataque, se limitó a deambular por su propio campo con expresión despavorida durante los noventa minutos, y al final del partido huyó de la cancha tan rápido como se lo permitieron las piernas. Sin esa pieza clave de su estructura ofensiva, el equipo de

Estero Velázquez no nos hizo daño alguno y pudimos imponernos cuatro a cero y ascender por única vez al Regional Nordeste.

Ya hablé de las crónicas del partido. La de *La Voz de Resistencia* tiene un título sugerente: “Hechizo indio”. Pasa que Aniceto era un indígena toba, y la expresión aterida y la conducta inverosímil de Iribarren le daban pie al periodista para jugar un tanto con la idea de un embrujo. No fue muy original. *El Mentor* tituló algo parecido: “Marcado por arte de magia”; la nota descansaba en coloridos juegos del mismo tenor. Pero no se asomaron a la verdad ni de lejos. A mí mismo me habría pasado inadvertida si el propio Aniceto no hubiera compartido conmigo su secreto.

Aniceto Manuel Gutiérrez era oriundo de una población toba establecida cerca de Colonia Burkart, el pueblo de gringos algodouneros en el que nací y me crié. Era petiso, muy chueco, y sus piernas enclenques y sus huesos prominentes testimoniaban su hambrienta niñez en el monte. Rara vez soltaba una palabra, y solo si alguien le dirigía una pregunta. Jamás festejaba los goles ni se quedaba a conversar después de los partidos.

Llegaba con el tiempo casi justo. Venía descalzo, con los zapatos de fútbol que le habían dado los curas, bien embetunados y atados como un collar alrededor de su cuello para que no se le mojaran al vadear el arroyo. Se los calzaba sin prisa detrás del arco y esperaba a los demás bien erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho, de pie en el borde del área, como anticipando que ese sería su territorio durante el cotejo. Debíamos ser para él un espectáculo extraño, con nuestras risas despreocupadas y nuestros ademanes sueltos, propios de muchachos que andan por la vida con el

buche lleno todos los días. Me consuela saber que no le éramos hostiles. Lo tratábamos tanto como él nos lo permitía, y como hijos de esa tierra bárbara no cometíamos la estupidez de etiquetar a la gente por el color de su piel o el origen de su apellido. Respondía a nuestros saludos con una leve inclinación de cabeza, con una economía de movimientos que quienes no lo conocían podían confundir con desagrado. Pero no había tal cosa en su ánimo. Creo que simplemente en la misma cantidad de años le había tocado vivir el doble que a nosotros, y eso tendía a aumentarle los silencios.

Empezó a jugar en Sportivo La Piedad a cambio de que los curas le permitieran llevarse algunos cortes de madera del aserradero que tenían en los fondos de la parroquia, que a él le servían para ir levantando su casa. El año anterior, cuando en la escuela tiraron abajo el pabellón viejo para hacer aulas nuevas con la plata que mandó la gobernación, Aniceto había ligado una puerta y tres ventanas que con otros muchachos le ayudamos a llevar hasta su casa. Anduvimos cruzando el monte un buen rato, hasta que dimos con un rancherío escuálido. Entre los ranchitos se veía el esqueleto de la casa de Aniceto. Nos convidó unos mates y nos explicó en un murmullo sus planes para terminarla. Era evidente que hablar de su casa lo emocionaba profundamente porque nunca lo habíamos escuchado hilvanar más de veinte palabras, y en esta ocasión habló como cinco minutos. Eran muchos de familia y no tenía corazón para obligarlos a apilarse como en el rancho que todavía ocupaban y que su padre les había dejado. Por eso demoraba en terminarla: por los malabares que improvisaba para darles el gusto a las hermanas y a la madre y a los hermanos chiquitos. Pero a veces sentía que el asunto se le iba de las manos. Con las aberturas que acabábamos de acarrear pensaba dar por

terminado el perímetro de la casa, pero le faltaba el techo.

La temporada siguiente, cuando nos prendimos en la ronda final de la liga, los curas nos mandaron a hablar con el hermano administrador, que cuaderno en mano fue anotando lo que cada jugador quiso estipular como premio de campeonato. Yo iba a pedir una motoneta Ciambretta, porque en esa época andaba con la idea de ponerme un reparto de huevos. Pero un par de lugares antes que yo pasó Aniceto, que pidió el techo para la casa. El cura lo sacó carpiendo, porque dijo que era un despropósito y una exageración una solicitud como esa. Aniceto no lo contradijo, pero se quedó ahí, de pie, como esperando que la Creación volviese al polvo de sus inicios. El cura, ansioso por despacharlo, le dijo que podía transigir, cuanto mucho, en cubrirle la cuarta parte del techo que pedía. Luis Cevallos, otro de los que hicieron aquella travesía por el monte con las ventanas auestas, pasó delante de mí y, cuando el cura le preguntó, le dijo con la mayor naturalidad que quería otro cuarto de techumbre. El cura no dijo nada. Cuando me tocó el turno reclamé mi cuarta parte y Romualdo Calabrese hizo lo mismo. Al salir nos demoramos a propósito con Luis y con Romualdo para que Aniceto nos sacara cierta ventaja, porque no queríamos ponerlo en el aprieto de tener que darnos las gracias.

Igual faltaba lo principal, que era ganar esa última ronda. Con Colonia Velarde fue un trámite y con Empalme Leguiza fue un juego de chicos. Pero con Estero Velázquez se nos vino la noche, tal como ya relaté, por el enigma gordiano que representaba Iribarren. En el partido de ida, en cancha de ellos, nos pegó un peludo inolvidable. Ese muchacho jugaba a otra cosa. Tenía el raro privilegio de los cracks: no necesitaba mirar ni sus pies ni la pelota

mientras gambeteaba. Observaba al rival que tenía enfrente y lo dormía en cada enganche.

Si alguien podía marcar a Iribarren era Aniceto Manuel Gutiérrez. Estoy convencido de que si nuestro pago hubiera sido menos ignoto, o si la vida le hubiese regalado dos piernas más firmes, Aniceto habría hecho carrera con una pelota en los pies. Tenía una condición innata para la marca. Y su economía emocional le confería una concentración absoluta en los avatares del juego. Sabedor de su debilidad física para los piques largos, esperaba a los rivales en los puntos exactos de la cancha. Los estudiaba sin prisa hasta que era capaz de anticipar cada una de sus mañas, de sus trampas, de sus debilidades. Era como si construyese un mapa cerebral en el que figuraban los delanteros, los caminos y los atajos elegidos por los delanteros, y las trampas y los cebos tendidos por los delanteros. Una vez acabado el diagrama, los acechaba sin angustia y sin pasiones evidentes. Al tercero o cuarto quite limpio de balón que les propinaba, sus rivales tendían a ponerse nerviosos. A veces lo pechaban, lo codeaban y lo insultaban entre dientes, pero ni siquiera entonces Gutiérrez extraviaba su buen juicio.

Tampoco estaba preso de su libreto. Si se topaba con un contrario demasiado rápido o impredecible dejaba su estrategia de lado y le surtía tres o cuatro buenas patadas, aun cinco, las que hicieran falta para disciplinar al aprendiz de sedicioso. En ese fútbol medio salvaje los árbitros solo echaban jugadores en casos extremos, y Aniceto era tan discreto que aun para revolcar a delanteros usaba sus movimientos de humo y pasaba inadvertido.

Pero Iribarren era demasiado. Tal vez fue la presión de jugar una

final de liga, o saber que lo que estaba en danza era ni más ni menos que el techo de su casa, o la propia habilidad de ese delantero. Lo cierto es que Aniceto no pudo encontrarle la vuelta. Intentó sin suerte cortarle los caminos y cerrarle los corredores, y cuando vio que no podía le entró a pegar como si fuera una piñata, hasta que se hizo echar antes del final del primer tiempo.

Y recién ahora llego al centro de mi relato. A la tarde del 4 de diciembre de 1963, cuando se jugó la revancha. No creo imprescindible aclarar que en la semana que medió entre las dos finales, Aniceto no pronunció palabra. A decir verdad, no lo vi más tenso o más ansioso de lo que lo había visto siempre. Creo que yo cargaba sobre mis espaldas sus angustias y las mías: sufría por su techo lo que no habría sufrido por mi Ciambretta. No me le acerqué, porque no tenía nada especial para decirle y porque Aniceto era de esas personas que atesoran las palabras para utilizarlas sólo en casos de emergencia. En esos tiempos no existían las suspensiones y Aniceto podría jugar, pero ¿qué sentido tenía? ¿Cuánto podía durar en la cancha con Iribarren enfrente, anudándole las piernas flacas en cada gambeta?

A la final aquella fue medio mundo, o medio Chaco para ser más exactos. Imponían un poco de respeto el gentío y el barullo. Lo usual era que jugásemos con tan poco público que podías escuchar cómo un espectador eructaba el chorizo del entretiempo. Cuando llegó Iribarren me dio un poco de envidia porque se le acercaron los dos o tres fotógrafos que iban a cubrir el partido y le pidieron que posara. Después de los chasquidos de los diafragmas, Iribarren inició un trotecito de calentamiento que lo llevó cerca del lateral.

Entonces vi a Aniceto aproximándosele. Iribarren lo miraba sin odio, pese a que todavía debían dolerle los hachazos del domingo anterior. Y Aniceto le devolvía la mirada con sus ojos de piedra. Cuando estuvo a cinco metros movió los labios en una frase que, a esa distancia, no comprendí. Y se llevó las manos a la cintura para tomarse el borde de la camiseta, en ese gesto típico de quien se dispone a intercambiar su casaca con el rival. No pude menos que maravillarme. Mi noble compañero, aunque se estaba jugando el techo bajo el cual guarecer a su familia, era capaz de esa expresión de cortesía viril y deportiva, honrando al rival que probablemente volviese a derrotarlo.

Lo sorprendente ocurrió desde el momento en que empezó a rodar la bola. Porque para mi sorpresa, la de mis compañeros y la de los suyos, Iribarren se replegó hacia su propia área, se paró apenas delante de los backs y se limitó a lanzar pases largos a sus desconcertados wines durante todo el partido. Fue como si el mundo se hubiera tumbado al revés, de un domingo al siguiente. Los que manejamos la pelota fuimos nosotros. Y los que tuvieron que pegar fueron ellos, incluido Iribarren que, falto de experiencia en ese sitio de la cancha, tenía para marcar a los rivales la torpeza típica de los delanteros que nunca se rebajan a esas tareas poco edificantes.

El partido se vino a nuestro buche a los saltitos, como esos pajaritos que de pibes cazábamos en el monte con un cajón de madera y un palo con un piolín. Despacito y sin apuro nos fuimos al descanso dos a cero y lo liquidamos de contra en el segundo tiempo.

Después de los primeros festejos me acordé de Aniceto y quise darle un abrazo. Lo localicé en su sitio de siempre, de pie, apenas

afuera de la medialuna del área, con los brazos cruzados, el rostro erguido, la expresión serena y lejana. Al verlo divisé también, mucho más atrás, la cabeza rubia de Iribarren, su piel pálida, su expresión urgida de toda la tarde, mientras subía de un salto al micro que lo devolvería a su pueblo.

Me acerqué a Aniceto sonriendo y adelantando la diestra. Lo felicité por nuestro éxito. Me lo agradeció con una de sus graves y silenciosas inclinaciones de cabeza. Viéndolo ataviado con nuestra camiseta roja y recordando el gesto que había tenido con Iribarren antes del comienzo del match, me atreví a preguntarle por qué finalmente no habían intercambiado las casacas.

Me miró como si no me comprendiera. Le recordé entonces la escena que había presenciado, el saludo distante con el rival tan temido y su ademán de entregarle la camiseta al final del partido.

Aniceto Manuel Gutiérrez me escrutó un largo minuto antes de hablar:

–No le ofrecí ninguna camiseta –me dijo–: Le pedí disculpas y le aclaré que si cruzaba la mitad de la cancha lo iba a tener que cagar a tiros.

Cuando Aniceto hizo silencio, bajó la vista hacia su vientre y repitió el gesto de tomar con las manos el borde de su camiseta y apenas levantarla. Debajo de la casaca, sostenidos por el pantalón corto, llevaba cruzados dos pistolones del tiempo de la Colonia, negros y opacos, salvo por los gatillos y los percutores, que se veían como recién lustrados. Alzó su mirada oscura hacia mis ojos incrédulos. Y fue entonces que sonrió.

Nació en Buenos Aires en 1967. Posee gran experiencia en relatos futbolísticos integrados por personajes genuinamente argentinos. Obtuvo el Primer Premio del concurso "Vivalectura 2008", concurso nacional de experiencias de promoción de la lectura con el trabajo "Los adolescentes y la lectura. Una alternativa premoderna para un problema posmoderno", a partir de su experiencia como profesor en la E.G.B. 56 de Pontevedra (Partido de Merlo, Provincia de Buenos Aires) organizado por la O.E.I. (Organización de Estados Iberoamericanos) junto con el Ministerio de Educación de la Nación y la Fundación Santillana.

Su novela *La pregunta de sus ojos* fue adaptada al cine por Juan José Campanella bajo el título *El secreto de sus ojos*, que obtuvo reconocimientos a nivel internacional. Y su novela *Aráoz y la verdad* fue adaptada al teatro.

Libros publicados, entre otros: *Esperando a Tito y otros relatos*; *Te conozco Mendizábal y otros cuentos*; *Lo raro empezó después. Cuentos de fútbol y otros relatos*; *Un viejo que se pone de pie*. *La pregunta de sus ojos* (novela). *Aráoz y la verdad* (novela).

Escribible a esacheri@hotmail.com

www.leer.org.ar



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



TV Pública
CANAL SIETE

Fútbol para tod@s